

# vidas románticas de Chopin por André MAUROIS

**P**OLONIA es un noble país, tan generoso como desventurado. Rodeada de fuertes y recelosos vecinos, a lo largo de toda la historia, Polonia ha sido amenazada, saqueada y dividida. Pero siempre, a pesar de conquistas y persecuciones, conservó su altivez, su belleza. Los polacos son atrevidos, soñadores y caballerosos. Su música y su poesía reflejan a la vez la melancolía de sus paisajes y el ardor de sus soldados. Señores y campesinos, en Polonia, todos, saben combatir, bailar y cantar. Cada vez que Polonia, en su trágica historia, fué oprimida, dominada, sus músicos y sus poetas la ayudaron a sobrevivir o renacer. De los músicos polacos, Chopin es el más grande.

**E**N la época en que el emperador Napoleón realizaba la conquista de Europa, vivía en el castillo de la condesa Skarbek, cerca de Varsovia, un joven francés de cabello negro. Nicolás Chopin, preceptor de Federico Skarbek. Los castillos de los señores polacos asemejábanse entonces a verdaderas pequeñas cortes, en las cuales, como en una mansión feudal de la Edad Media, habitaba toda una multitud de intendentes, profesores, damas de honor y doncellas. Entre las señoritas honorables y pobres que rodeaban a la condesa Skarbek, se encontraba una joven de cabellos color de lino, de azules ojos de vinca-pervinca, alta, espigada, graciosa como una hada y bella como sólo puede serlo una polaca. Se llamaba

Como sus compañeras, pasaba todo el día hilando lana y cantando canciones, pero era culta, dominaba el francés y se complacía en charlar con Nicolás Chopin. Para éste era un encantamiento oír hablar su lengua materna, pronunciada de modo adorable por esa linda boca, y escuchar a la joven polaca tocando para él, en el clavicordio, aires franceses, por ejemplo, los de Juan Jacobo Rousseau, que entonces estaba de moda. Naturalmente, sentíase muy enamorado de ella, y ella de él, pero ambos, tímidos, no se atrevían a declararse. Fué el alumno de Nicolás Chopin, el joven conde Skarbek, quien, el primero, dijo a su madre:

—Estoy seguro de que mi preceptor y Justina desean casarse.

—¿Verdad? —preguntó la Condesa a Justina.

Esta enrojeció. Nicolás Chopin se puso pálido; y, en 1806, contrajeron enlace en la pequeña iglesia de la aldea.

Para Polonia, era ése un momento de esperanza. Napoleón, que amaba a los polacos y estimaba su valor, devolvió entonces a Varsovia su prestigio de capital, y creó en ella un Liceo Francés. Nicolás Chopin fué nombrado profesor, ante de fundar

él mismo una escuela, y la joven pareja inició una existencia feliz. Primero nacieron dos hijas: Isabel y Luisa; luego, el 1° de marzo de 1809, un varón. Este tuvo por madrina a la condesa Skarbek, quien le dió el nombre de su propio hijo: Federico. Al nacer Federico Chopin, bajo las ventanas de sus padres dieron los violines una serenata a unos recién casados, de manera que los primeros sonidos que el niño oyó en el mundo fueron los de una canción popular polaca.



historia, Polonia ha sido amenazada, saqueada y dividida. Pero siempre, a pesar de conquistas y persecuciones, conservó su altivez, su belleza. Los polacos son atrevidos, soñadores y caballerosos. Su música y su poesía reflejan a la vez la melancolía de sus paisajes y el ardor de sus soldados. Señores y campesinos, en Polonia, todos, saben combatir, bailar y cantar. Cada vez que Polonia, en su trágica historia, fué oprimida, dominada, sus músicos y sus poetas la ayudaron a sobrevivir o renacer. De los músicos polacos, Chopin es el más grande.

**E**N la época en que el emperador Napoleón realizaba la conquista de Europa, vivía en el castillo de la condesa Skarbek, cerca de Varsovia, un joven francés de cabellos negros. Nicolás Chopin, preceptor de Federico Skarbek. Los castillos de los señores polacos asemejábanse entonces a verdaderas pequeñas cortes, en las cuales, como en una mansión feudal de la Edad Media, habitaba toda una multitud de intendentes, profesores, damas de honor y doncellas. Entre las señoritas honorables y pobres que rodeaban a la condesa Skarbek, se encontraba una joven de cabellos color de lino, de azules ojos de vincapervinca, alta, espigada, graciosa como una hada y bella como sólo puede serlo una polaca. Se llamaba Justina Krzyzanowska, un apellido al parecer muy difícil, pero que simplemente quiere decir: Justina La Cruz.

“El destino nos reunió por mucho tiempo y nos dejamos esclavizar sin saber porque.”

—Jorge Sand.

con Nicolás Chopin. Para éste era un encantamiento oír hablar su lengua materna, pronunciada de modo adorable por esa linda boca, y escuchar a la joven polaca tocando para él, en el clavicordio, aires franceses, por ejemplo, los de Juan Jacobo Rousseau, que entonces estaba de moda. Naturalmente, sentíase muy enamorado de ella, y ella de él, pero ambos, tímidos, no se atrevían a declararse. Fué el alumno de Nicolás Chopin, el joven conde Skarbek, quien, el primero, dijo a su madre:

—Estoy seguro de que mi preceptor y Justina desean casarse.

—¿Verdad? —preguntó la Condesa a Justina.

Esta enrojeció. Nicolás Chopin se puso pálido; y, en 1806, contrajeron enlace en la pequeña iglesia de la aldea.

Para Polonia, era ése un momento de esperanza. Napoleón, que amaba a los polacos y estimaba su valor, devolvió entonces a Varsovia su prestigio de capital, y creó en ella un Liceo Francés. Nicolás Chopin fué nombrado profesor, ante de fundar

un varón. Este tuvo por madrina a la condesa Skarbek, quien le dió el nombre de su propio hijo: Federico. Al nacer Federico Chopin, bajo las ventanas de sus padres dieron los violines una serenata a unos recién casados, de manera que los primeros sonidos que el niño oyó en el mundo fueron los de una canción popular polaca.





Fritz o Frycek (pues así lo llamaban sus padres y hermanas) era un pequeñuelo débil, de ojos castaños, rostro fino y cabellos rubios, un poco más cenicientos que los de la madre. La primera vez que ésta, delante suyo, tocó el clavicordio, quedóse estupefacta viéndolo romper en lágrimas:

—¿Cómo?... —pensó—. ¿Mi bebé no amaré la música?... ¡Ah, qué triste, qué deplorable sería!”

Pero pronto comprobó que si lloraba, era de emoción y alegría. Aun antes de saber pronunciar una palabra, tendía sus bracitos hacia el clavicordio para expresar que deseaba que ella tocara. Desde que pudo andar, lo encontraba agazapado bajo el piano, para oír mejor la vibración de las cuerdas cuando alguien andaba o hablaba alrededor del instrumento. Cuando Justina Chopin interpretaba valeses y mazurcas, para hacer bailar a los niños de más edad, él se desli-

... en su camisita de dormir, y descender al salón donde se hallaba el clavicordio. Lo siguió, completamente sorprendida. No sin trabajo izóse sobre el taburete, delante del instrumento, y luego, colocando sus minúsculas manos en el teclado, se puso a tocar las mazurcas y valeses favoritos de la señora Chopin. La buena campesina polaca creyó al niño poseído por el Diabolo, y corrió en busca de los padres. Estos descendieron, seguidos pronto por las dos hermanas mayores de Fritz, y luego por los criados; y, sin hacer ningún ruido, parados junto a la puerta, escucharon al pequeño Fritz, que buscaba y encontraba los aires familia-

res. Parecía perdido en un sueño y tocó largo rato; después, como el salón era frío y el niño apenas estaba vestido, la madre se le acercó suavemente y le dijo:

—Está muy bien, Fritz, pero ahora tienes que ir a acostarte.

Se sobresaltó.

—¡Oh, perdón, mamá!... —dijo—. Hacía esto para poder reemplazarte cuando estés fatigada.

Nada tenía que hacerse perdonar, pero su linda mamá de cabellos rubios estaba desconcertada por esa revelación de un genio, que recordaba la infancia de Mozart. Al cumplir los seis años, sus padres le dieron un profesor de piano, y Fritz trabajó tan bien, que se hizo difícil arrancarlo del clavicordio. No sólo interpretaba las obras de los maestros, sino que ya él mismo componía.

Querido papá —escribía el día del cumpleaños de su padre—: podría expresar mucho más fácilmente mis sentimientos si pudiese hacerlo con notas de música...”

Su viejo maestro, asombrado, anotaba sus primeras improvisaciones. Pronto ese honesto músico dijo a Nicolás Chopin:

—Ya no puedo enseñarle más nada... Es un alumno al que hay que seguir, y no dirigir.

En la vecindad se comenzaba a hablar del niño prodigio y, cuando tuvo ocho años, unos vecinos le hicieron tocar en una gran velada. Ese día Fritz llevaba, como algunos pequeñuelos ingleses, un ancho cuello almidonado, sobre una blusa de terciopelo. Cuando su madre, al regreso del concierto, le preguntó, abrazándolo, lo que el público había preferido:

—Mi cuello —respondió Fritz.

Pero se equivocaba. Habíase admirado su habilidad y toda Varsovia quería ahora conocerlo.

(Continuará).

Fritz o Frycek (pues así lo llamaban sus padres y hermanas) era un pequeñuelo débil, de ojos castaños, rostro fino y cabellos rubios, un poco más ceñicientos que los de la madre. La primera vez que ésta, delante suyo, tocó el clavicordio, quedóse estupefacta viéndolo romper en lágrimas:

"¿Cómo?... —pensó—. ¿Mi bebé no amaré la música?... ¡Ah, qué triste, qué deplorable sería!"

Pero pronto comprobó que si lloraba, era de emoción y alegría. Aun antes de saber pronunciar una palabra, tendía sus bracitos hacia el clavicordio para expresar que deseaba que ella tocara. Desde que pudo andar, lo encontraba agazapado bajo el piano, para oír mejor la vibración de las cuerdas cuando alguien andaba o hablaba alrededor del instrumento. Cuando Justina Chopin interpretaba valeses y mazurcas, para hacer bailar a los niños de más edad, él se deslizaba a su lado, sentándose en un pequeño taburete, descansaba la cabeza en las rodillas de su madre y permanecía allí, inmóvil y encantado.

Una noche, contanco ya cuatro o cinco años, su aya le vió bajar de la

...ma, en su camisita de dormir, y descender al salón donde se hallaba el clavicordio. Lo siguió, completamente sorprendida. No sin trabajo izóse sobre el taburete, delante del instrumento, y luego, colocando sus minúsculas manos en el teclado, se puso a tocar las mazurcas y valeses favoritos de la señora Chopin. La buena campesina polaca creyó al niño poseído por el Diablo, y corrió en busca de los padres. Estos descendieron, seguidos pronto por las dos hermanas mayores de Fritz, y luego por los criados; y, sin hacer ningún ruido, parados junto a la puerta, escucharon al pequeño Fritz, que buscaba y encontraba los aires familia-

("El hombre tiene derecho a ser libre y el alma a seguir sus impulsos" — Líneas escritas por Jorge Sand)



tan bien, que se hizo un gran amigo de él. No sólo interpretaba las obras de los maestros, sino que ya él mismo componía.

Querido papá —escribía el día del cumpleaños de su padre—: podría expresar mucho más fácilmente mis sentimientos si pudiese hacerlo con notas de música..."

Su viejo maestro, asombrado, anotaba sus primeras improvisaciones. Pronto ese honesto músico dijo a Nicolás Chopin:

—Ya no puedo enseñarle más nada... Es un alumno al que hay que seguir, y no dirigir.

En la vecindad se comenzaba a hablar del niño prodigio y, cuando tuvo ocho años, unos vecinos le hicieron tocar en una gran velada. Ese día Fritz llevaba, como algunos pequeñuelos ingleses, un ancho cuello almidonado, sobre una blusa de terciopelo. Cuando su madre, al regreso del concierto, le preguntó, abrazándolo, lo que el público había preferido:

—Mi cuello —respondió Fritz.

Pero se equivocaba. Habíase admirado su habilidad y toda Varsovia quería ahora conocerlo.

(Continuará).